

# Leer la *Fratelli Tutti* de Francisco ante las guerras e injusticias de hoy

♦ Por Graciela Jatib y Jaime Nubiola  
PARA LA GACETA – TUCUMÁN / PAMPLONA

En una reflexión de Simone Weil (1909-1943) sobre el poder y la fuerza puede leerse el episodio en el que el viejo Príamo suplica, rodilla en tierra, a Aquiles que le devuelva el cadáver de Héctor, su hijo muerto: «La víctima suplicante está dominada por el verdugo, un poder privado de humanidad, que lo convierte en una cosa». Como dice Weil, encontrarse en una situación límite así, privado de la dignidad y con la facilidad de ser corrompido por el poder, destruye la humanidad. Podemos decir nosotros que las atroces guerras en Ucrania y en la Franja de Gaza nos tienen de rodillas. Vemos la guerra por televisión y quizá ya no nos conmueve porque la familiaridad con las películas de guerra nos ha insensibilizado ante lo que existe realmente. Sin embargo, todos anhelamos devolver la dignidad a estos pueblos y a cada ser humano que sufre.

«Fratelli Tutti» —«Todos hermanos»— es la expresión usada por san Francisco de Asís con la que el papa Francisco tituló su encíclica del año 2020 y que leída hoy parece una profecía que mira al futuro con dolor. Ese futuro es el que hace que palidezcamos hoy consternados por las guerras, llenos de desesperanza y de temores. Y allí es donde podemos unir nuestra reflexión a la de Francisco: «Preguntemos a las víctimas. Prestemos atención a los prófugos, a los que sufrieron la radiación atómica o los ataques químicos, a las mujeres que perdieron sus hijos, a los niños mutilados o privados de su infancia. Prestemos atención a la verdad de esas víctimas de la violencia» (n. 261).

La encíclica comenzaba advirtiendo qué tendencias del mundo actual se oponen al desarrollo de la fraternidad universal, advirtiendo sobre “las sombras de un mundo cerrado”, donde los más fuertes forman una cofradía de bienestar y de opulencia a espaldas de los que padecen las ruinas de un planeta que expulsa a los más débiles y los hace cada vez más frágiles, una “cultura de los muros” que fortalece cada vez más el hormigón y el cemento de sus corazones insensibles. Paradójicamente, Francisco se refiere a una “apertura” en términos de denuncia; nos dirá que el “abrirse” al mundo —a este mundo cerrado— es una expresión referida a la economía y a las finanzas:

«El avance de este globalismo favorece normalmente la identidad de los más fuertes que se protegen a sí mismos», o en una cita extraordinaria de Benedicto XVI: «La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (n. 12). La ronda de los cartoneros al anochecer de cualquier ciudad de la Argentina muestra la lucha de los que menos tienen por apropiarse del descarte de los que más tienen. La multinacional McDonald's y otras cadenas de comida rápida usan bolsas de colores para separar los alimentos de los plásticos, para indicar a los que comen de la basura en qué bolsa deben escharbar: “Mientras Lázaro esté echado a la puerta de nuestra casa (cf. Lc 16, 19-21), no podrá haber justicia ni paz social” (Francisco, *Misericordia y miseria*, n. 21, 2016).

Con profundo dolor Francisco denuncia que «se encienden conflictos anacrónicos que se consideraban superados, resurgen nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos» (n. 11). El cruel espanto de la guerra es un alegato en contra de la condición humana misma. No hay posibilidad de encontrar un beneficio a las guerras, solo devastación y tristeza, orfandad y miseria, como puede leerse entre las líneas de cualquier reporte de guerra. En palabras de la *Fratelli Tutti*: «Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal. No nos quedemos en discusiones teóricas, tomemos contacto con las heridas, toquemos la carne de los perjudicados» (n. 261).

Las guerras no solo están lejos —en Ucrania o en Gaza—, sino que de una forma más solapada están también en nuestras calles cuando no nos tratamos como hermanos, cuando convivimos indiferentes con la injusticia, con la realidad de que unos tienen mucho, mientras que otros no tienen nada.

© LA GACETA

Graciela Jatib – Licenciada en Filosofía de la UNT (gracielajatib@gmail.com).

Jaime Nubiola – Profesor emérito de Filosofía de la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).



# A 50 AÑOS DE UNO DE LOS GOLES MÁS TRISTES

La impecable reedición de *Terrorismo de estadio*, de la periodista chilena Pascale Bonnefoy Miralles, nos adentra en uno de los hechos más dolorosos que vincula al deporte con la muerte. La FIFA permitió un absurdo para la clasificación al Mundial 74. La selección chilena jugó un partido sin equipo rival, en el lúgubre Estadio Nacional

♦ Por Alejandro Duchini  
PARA LA GACETA – BUENOS AIRES

Podría ser un relato de ficción pero lo que sigue es real. Sucedió hace 50 años: el 21 de noviembre de 1973. Ese día, la Selección de fútbol de Chile jugó lo que hoy se conoce como El partido fantasma o El partido de la vergüenza. La historia es más o menos así: Chile y la URSS jugaban el repechaje para clasificar al Mundial de Alemania '74. En el partido de ida, jugado en el estadio Lenin de Moscú el 26 de septiembre, empataron 0 a 0. El encuentro de vuelta debía jugarse en el Estadio Nacional el 21 de noviembre. Antes de ir a la revancha, hagamos un paréntesis para situarnos en aquel mundo. Las fuerzas armadas chilenas habían tomado el poder en la figura del dictador Augusto Pinochet el 11 de septiembre tras derrocar al democrático y electo Salvador Allende, de quien sabemos que salió muerto del Palacio de la Moneda. Chile se sumaba a las dictaduras latinoamericanas, avaladas por los Estados Unidos. El anticomunismo a pleno. Y los rusos eran eso: comunistas. Así que la pica venía por todos lados y un partido de fútbol en ese contexto era la fruitilla del postre.

Ahora sí, volvamos a la revancha, a jugarse en el Estadio Nacional Julio Martínez Prádanos, que funcionaba como campo de concentración y de detención desde que se instauró la dictadura. Allí los militares torturaban, mataban y violaban. Así que los rusos pidieron que se juegue en un país neutral. Otra posibilidad era que se juegue en Viña del Mar, pero la FIFA y los mismos directivos chilenos se opusieron. Los rusos decidieron no jugar y en consecuencia Chile se clasificó al Mundial.

La FIFA permitió el absurdo. Chile salió al campo de juego sin rival. Con un gol alcanzaba para clasificar. Lo hizo Francisco 'Chamaco' Valdés, figura del seleccionado. Había cerca de 15.000 espectadores sobre una capacidad de 80.000. Vean los videos: los chilenos avanzan, tocan y hacen el gol ante un arco vacío. Minutos después, esos mismos jugadores disputaron un encuentro amistoso ante el Santos, de Brasil, que se impuso por 5 a 0. A todo esto, los detenidos habían sido desalojados el 9 de noviembre.

Hasta ahí, lo que se puede encontrar en Google. Pero hay mucha información que se encuentra en un librazo que se llama *Terrorismo de estadio - Prisioneros de guerra en un campo de deportes* y que acaba de reeditar la editorial chilena Librería ediciones. Trata con detalles qué ocurrió en el Estadio Nacional de Chile en esos meses en los que funcionó como escenario de muerte. La autora es la experimentada periodista chilena Pascale Bonnefoy Miralles. La primera publicación del libro es de 2005. Ahora se actualiza con otros testimonios y más información, oficial y de la realidad.

Recién en las últimas páginas Miralles cuenta sobre el partido, porque lo importante es el escenario y no el juego en sí. Lo hace detalladamente. Miralles nombra a cada uno de los funcionarios y dirigentes que participaron para que se juegue ese bochorno.

“El 23 de octubre -cuenta Miralles- llegaron a Santiago el secretario general de la FIFA, Helmut Kaeser, y el vicepresidente, el brasileño Abílio D'Almeida, quien serviría como inspector del partido”. Para ellos, estaba todo en orden, el problema eran las campañas de prensa que se inventaban desde Europa. Y otro de los vice de la FIFA, el chileno José Goñi, agregó: “Si hay detenidos (en el Estadio Nacional) es por respeto a ellos mismos, porque se considera que no deben ser mezclados con delincuentes en las cárceles. De esto se informó oportunamente a la FIFA”. De modo que los detenidos debían agradecer a sus torturadores que estuviesen allí y no en cárceles comunes. Así que los directivos ingresaron a la cancha y observaron que todo estuviese bien. Con un detalle: no les dieron importancia a los pocos detenidos que aún quedaban en las tribunas. Al fin de cuentas, el informe de los delegados de la FIFA determinó “el magnífico estado de conservación” del césped. Literalmente quedaron “impresionados con el césped y también por el mantenimiento de las graderías”. Y algo más: para la FIFA “no hay prisioneros; son detenidos que hay que verificar su identidad”.

El 26 de octubre la FIFA dio el OK y el 21 de noviembre había que jugar el partido. Así las cosas, no se podía desaprovechar la fiesta de la clasificación nada menos que a un Mundial. Pintaron el estadio para que no queden vestigios de su uso asesino. Tres semanas antes del partido, trasladaron a los detenidos. El capitán del seleccionado, Francisco Valdés, hizo valer su peso y llevó adelante las gestiones para que liberen a su ex colega Hugo Lepe. Un coronel le dio una credencial para que lo busque por los distintos campos de detenidos. Lo encontró en el Estadio Nacional. El día del partido, Lepe estaría entre los espectadores.

Carlos Caszely, emblema como futbolista y como luchador en favor de los derechos humanos (su madre, Olga Garrido, estuvo entre los secuestrados y vejados en la dictadura) diría que aquel gol de Valdés fue el más estúpido que vio en su vida. Para el diario *El Mercurio* fue “El gol del honor”.

Lo que se conoce -y que amplía Miralles- es que por el Estadio Nacional “pasaron miles de hombres, mujeres, menores de edad y ancianos, chilenos y extranjeros, incommunicados sin ninguna acusación formal (...) Ejecutados, desaparecidos y sobrevivientes. Torturados, adoloridos, hambrientos, heridos de cuerpo y alma. Todos sufrieron una violencia y denigración constante, arbitraria y cruel, desde el trato cotidiano hasta las salas de tortura. En todos ellos se anidaría para siempre el dolor, al igual que la profunda solidaridad que nace de situaciones extremas”. Los asesinos dicen que fueron 9.000 los detenidos en ese lugar. Los realistas creen que no bajaron de los 20.000. Cuando vaciaron el estadio, se perdió parte de los archivos, que tampoco totalizaban los casos.

Casos que Miralles cuenta con precisión a través de stigmas. Como el de un detenido que recuerda que al entrar en uno de los túneles de salida de los jugadores vio que “una mujer desnuda colgaba de las muñecas, desmayada, y con evidentes huellas de haber sido torturada”. Cada detenido quedaba calificado. S (sospechoso), P (peligroso), LC (libertad condicional) y AD (antecedentes delictuales).

Al Nacional, se recuerda en el libro, se le sumaron como escenarios de tortura el velódromo y el Estadio Chile (hasta mediados del 74), cerrado y con capacidad para 5.000 personas. Hoy se llama Víctor Jara, en honor al cantante al que torturaron y mataron allí. Y desfilan nombres, como el del teniente Edwin Dimter Bianchi, tan violento que los prisioneros lo conocían como “Príncipe del Estadio Chile”.

O El encapuchado del Estadio Nacional, quien se paseaba por las instalaciones mientras reconocía a sus ex compañeros y militantes de izquierda. Luego se supo que aquel delator era el socialista Juan René Muñoz Alarcón. Nadie que haya estado ahí olvidará el pavor que generaba su aparición en los pasillos, de sorpresa y a cualquier hora. Lo escoltaban uniformados mientras avanzaba y miraba los rostros de los detenidos que ya estaban puestos en fila, a la espera de su decisión. A los elegidos le seguían los interrogatorios y tortura. En el 77, Muñoz Alarcón se arrepintió y contó lo que hizo ante un organismo de derechos humanos. Poco después, su cuerpo sin vida fue encontrado con heridas de arma blanca.

Otro personaje era el capellán militar del Anexo Cárcel Capuchinos, el polaco Juan Skowrowek, quien convocaba a los detenidos a rezar por Pinochet y la Junta Militar. “Hablen para que no les peguen tanto. Cuenten, para qué se van a quedar calladas. Miren cómo están”, les decía a las detenidas. “Padrecito, traiga las hostias porque tenemos hambre”, le suplicaban ellas. Quienes recuerdan aquello, también recuerdan que se iba sin decir nada. Y sin dejar las hostias.

Olor a miedo, Muerte sin rastro o Morir en vida son apenas algunos de los subtítulos que se leen en las 443 páginas de *Terrorismo de estadio*. Que en realidad no sólo se leen. Se sufren. Y sirven para no olvidar.

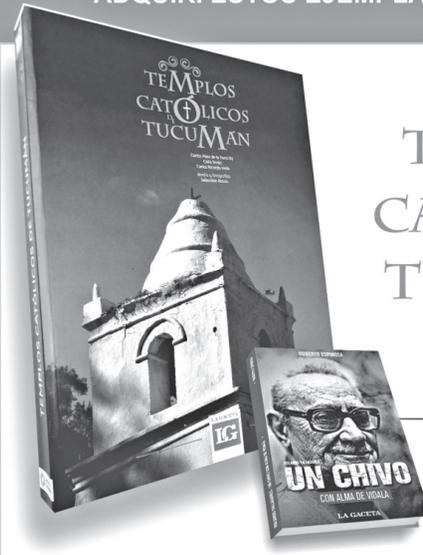
© LA GACETA

Alejandro Duchini – Periodista. Su último libro es *Mi Diego*.



## EDICIONES ESPECIALES LA GACETA

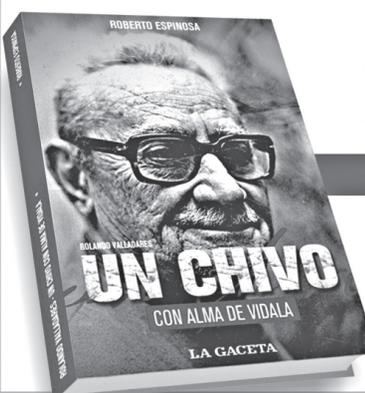
ADQUIRÍ ESTOS EJEMPLARES DE COLECCIÓN



### TEMPLOS CATÓLICOS DE TUCUMÁN

Autores:  
Carlos Páez de la Torre (h),  
Celia Terán, Carlos Ricardo Viola  
y Sebastián Rosso

PRECIO DE REGALO  
\$10.680 LIBRO CHIVO  
VALLADARES



### ROLANDO VALLADARES UN CHIVO CON ALMA DE VIDALA

Autor:  
Roberto Espinosa

PRECIO Club 20%  
\$5.340 LA GACETA OFF

LA GACETA  
ESTÁ CON VOS

Podes conseguirlos en  
LA GACETA - Mendoza 654  
De Lunes a viernes  
de 8 a 14 y de 15 a 21 hs.